

Primera crónica de los Sucesos de Mayo y Fr. Gregorio Torres O. P.

Le cabe a un religioso de la Orden de los Predicadores de ser el primer cronista de los sucesos de Mayo. Se hallaba en Buenos Aires cuando acaecieron y los comenzó a referir en esta carta fechada "Mayo 24 a 1810" y la prosiguió al día siguiente: "Tenemos ya Junta en Buenos Aires establecida ayer..." y más adelante, en una posdata se lee: "Esta carta se empezó a escribir el 24 y se concluyó y quedó firmada el 25. La he detenido, sin embargo, para mandarla por el Alcance que sale hoy 28..."

Su autor era, evidentemente, un varón perspicaz, sereno, comprensible. La objetividad con que consigna las noticias que llegaban a su conocimiento es manifiesta, y la prudencia con que las refiere es propia de un hombre entrado en años y de una cultura nada vulgar y de un conocimiento perspicaz de los nombres y de los actos de los mismos. Fray Gregorio Torres no era, sin embargo, un hombre avanzado en años al escribir esa misiva, pues frisaba en los treinta y cuatro años de su vida, pero sus dotes intelectuales, morales y espirituales debieron de proporcionarle en forma acelerada la experiencia de las cosas y de los hombres, ya que fue Prior del Convento de Buenos Aires entre 1804 y 1807 y fue elegido Definidor en el Capítulo Provincial celebrado en 1807.

Nacido en 1776, falleció en 1828. La carta cuya que reproducimos se halla auténtica en el Archivo del Convento de Santo Domingo, en la ciudad de Córdoba,

y en 1953 la publicó el Padre Rubén González en las columnas de la revista "Estudios", con este título: "Otro testigo de los sucesos de Mayo. E. P. Maestro Fray Gregorio Torres O. P. o carta de Fray Gregorio Torres a Fray Isidoro Celestino Guerra. Buenos Aires 24 (28) de Mayo de 1810. (1)

Buenos Aires, mayo 24 de 1810.

M. R. P. N. y de todo mi aprecio: en el Correo de 10 de Marzo pensé contestar a la última favorecida de V. P. que recibí en Febrero y un tumor que me salió en la espaldilla del brazo derecho y nuestro Rojas ha calificado de carbunclo bastardo, me privó entonces de este gusto y siguió después hasta esta fecha imposibilitándome el uso de la mano derecha. No la tengo en el día absolutamente expedita, pues aún sigue Rojas curándome mañana y tarde la gran llaga a que al fin se redujo dicho tumor que no sólo me ha hecho sufrir dolores increíbles, sino también tuvo mi vida en gran riesgo. De este hemos salido ya y con pronósticos de que en adelante gozaré de una salud vigorosa. Sea lo que Dios fuese servido y vamos a otra cosa que hay mucho que decir y mi mano no está para largas escrituras; por cuya razón he empezado en el día de la fecha para ir escribiendo a pausas...

Tenemos ya Junta en Buenos Aires establecida ayer 24 y acordada el 23 en Cabildo Abierto compuesto de cerca de quinientos vocales. Se empezó el 22 a las 9 de la mañana y se acabó a la una de la siguiente por votación, habiendo precedido una larga disputa que al fin

(1) En revista "Estudios", Nº 456, Buenos Aires, mayo-junio 1953, pp. 122-124.

se cortó con el temperamento de la votación. El pormenor de este acontecimiento es materia más propia de una conversación que de una carta; mucho podría decir en ésta, sin embargo, si mi mano estuviese menos torpe. Vamos a lo substancial: Presidente de ella el Señor Virrey, que previamente suscribió su abdicación por haberse acordado en dicho Cabildo que había caducado su empleo por haberse deshecho a palos la autoridad que lo confirmó o, más decentemente por haber expirado aquella y no haber en el Reino autoridad soberana reconocida. Vocales: Dr. Solá, Dr. Castelli, Don Cornelio Saavedra y don José Santos Inchaurregui.

Esta Junta es interina y hasta tanto que se congregan los Procuradores de todos los pueblos del Virreinato, donde se acordará lo que parezca más conveniente a la felicidad común, si antes, digo yo, no viene el inglés y nos muestra el camino que hemos de emprender, o el portugués, que es tal nuestra debilidad que aún este cuitado se halla en aptitud de hacerlo.

Parece que uno de los motivos principales que han tenido para esta novedad es levantar cuantas tropas quedan, cercenando los sueldos de los empleos de Justicia y Real Hacienda con el fin de imponer algún respeto a los que quieran tragarse el País luego que muera nuestro amo, que, según las últimas noticias, quedaba ya con los Padres a la cabecera y según otras más maliciosas que verdaderas, muerto y sepultado con entierro rezado.

Los empleados, que no han podido menos que transcender estas miras, han hecho en el Cabildo Abierto, a que también asistieron, cuantos esfuerzos no son imaginables por eludirlos; pero todos han sido inútiles. Al Presidente, que ya no hay Virrey, me dicen que le señalarán cuatro mil pesos y por aquí saque V. P. lo que harán con oídos y demás. Hoy me han dicho que le dejaban los cuarenta mil, pero yo me atengo a la primera noticia.

Esta gran novedad se ha hecho con la mayor tranquilidad y sosiego que V. P. puede figurarse. No ha habido un tiro, ni un golpe, ni un arresto. El 22, que la mayor parte de los vecinos estuvo el tiempo dicho en las Casas Consistoriales tratando sobre tan grave negocio, andaba el resto del pueblo por las calles con tanta serenidad como si estuvieran en un juego de toros.

Los puntos a que al fin se redujo la votación fueron dos: primero si la autoridad del Virrey había caducado; segundo en quién debía recaer ésta en el caso afirmativo. Del número de vocales que

he dicho asistieron, cincuenta y seis solamente opinaron que no y que por las circunstancias se le pusieran dos allegados que podrían serlo Leiva y el Alcalde de primer voto. Este dictamen abrió nuestro Obispo y siguieron todos los empleados y tal cual vecino. Los demás que sí y que interinamente en el Cabildo hasta que se eligiere la Junta interina, aclarando unos más y otros menos esta segunda parte, lo que ha sido mérito para que el Cabildo se creyese autorizado del pueblo para nombrar la Junta interina por sí, como lo ha hecho.

Ahora, que son las once de la mañana del 25 y acabo de escribir lo que precede, me aseguran que el Cabildo se juntó a las 6 y hasta esto está conferenciando si admitirá o no la renuncia que hicieron anoche los cinco individuos electos para componer la Junta. Veremos lo que sale y continuaré. Se ha admitido la renuncia del Virrey, Dr. Solá e Inchaurregui y han sido electos Don Cornelio Saavedra Presidente y Comandante General de las armas, Vocales: Dr. Alberti, Cura de San Nicolás, Dr. Castelli, Don Manuel Belgrano, Don Miguel Azcuénaga, un tal Larrea y otro llamado Matheu, ambos europeos, que yo no conozco. Secretarios Moreno y Paso.

Me aseguran unos que el motivo de la renuncia y variación ha provenido de haber querido el Señor Cisneros, puesto que ya no es Virrey, disponer de las armas independientemente de los demás vocales; y otros del descontento de las tropas por haberle nombrado Presidente.

Sea lo que fuere, la novedad o mudanza se ha hecho con la misma tranquilidad que lo precedente. Cosa por la que debemos dar muchas gracias a Dios y pedirle que los demás pueblos del Virreinato que imiten a Buenos Aires en la novedad que ha hecho, lo hagan igualmente en la paz y sosiego con que ha empezado y concluido un negocio que ha costado tanta sangre a los de Europa.

Se dió principio a esta obra por abocarse el Síndico Procurador al Virrey el 18 del corriente por la noche a consecuencia de las noticias de España esparcidas en la ciudad por medio de las gacetas inglesas y confirmadas por nuestros papeles públicos conducidos por un barco inglés procedente de Gibraltar. Me aseguran que no dió este paso de propio movimiento, sino estimulado de los Comandantes. El suceso fué, después de varias contestaciones, acordar el Cabildo Abierto para examinar la opinión del pueblo.

Ya no puedo extenderme más ni me parece que he dejado cosa substancial por decir. Me he tomado este trabajo, que en otras circunstancias habría sido

diversión, para que V. P. se entere del verdadero modo con que se ha ejecutado esta novedad. Acaso nuestro Prior, que se halló en el Cabildo, le dirá algo de lo ocurrido allí y otros que tienen más oportunidad que yo, pues sigo en el encierro a que me redujo mi dolencia, le harán una relación más circunstanciada que supla lo que he omitido por no extenderme demasiado.

Deseo para V. P. y pido a Dios le conceda una salud tan vigorosa como ha menester para concluir con felicidad la empresa con que le ha puesto la Providencia. Entre tanto vea V. P. en qué cosa puede serle útil este.

Su affmo. súbdito y servidor que besa la mano de V. P. M. R.

Fray Gregorio Torres.

P. D.: Esta carta se empezó a escribir el 24 y se concluyó y quedó firmada el 25. La he detenido, sin embargo, para mandarla por el Alcance que sale hoy 28, con el fin de informar a V. P. de las últimas ocurrencias, si había alguna digna de comunicarse. Pero nada ha ocurrido, gracias a Dios sino el juramento de obedecer a la Junta, que a ejemplo de las de Europa, han hecho hacer a todos los cuerpos. Ayer tarde lo hicieron las tropas en la Plaza donde me dicen que la gente no cabía de pie y que hubieron muchos vítores, sombreros tirados al aire y mucho fuego graneado y salvas y empavesamiento de los barcos ingleses con su correspondiente salva. Estos diz que han celebrado mucho esta novedad y yo digo que no ha de ser por el bien que de ella puede resultar a nuestro País, sino al de ellos. La Audiencia también hizo su juramento bajo no sé qué protesta.

El Padre Rubén González, que editó esta carta, con una introducción sobre

la persona del autor de la misma, termina su estudio diciendo: "Diremos para terminar que el deseo expresado por el P. Torres de que alguien, principalmente el Prior P. Albariño, diera al P. Provincial noticias más detalladas, no se vio cumplido. En efecto, el P. Prior escribió al P. Guerra el mismo día en que está fechada la posdata (28 de Mayo), pero tan brevemente, debido a sus ocupaciones y a la agitación de aquellos días, que le informa de manera demasiado sucinta y, a su vez, espera que otro le suministre más detalle". Y agrega a continuación en una nota: "Las últimas fatales noticias de nuestra España han puesto a este Pueblo en conmoción hasta términos de celebrar un Cabildo Abierto, deponer al Virrey, depositar el mando en el Cabildo y erigir éste una Junta, haciendo Presidente al mismo Virrey. Esta quedó desecha al día siguiente de su formación, que fue el 25. Alborotado el pueblo, pidió que en su lugar se hiciese la que nos gobierna en el día, compuesta de Don Cornelio Saavedra, Presidente y vocales el Dr. Castelli, Don Manuel Belgrano, Dr. Alberti, Don M. Azcuénaga, Don Domingo Matheu, Don Juan Larrea y sus secretarios Dr. Paso, Dr. Moreno.

En semejante circunstancias (a pesar de haberse hecho todo sin efusión de sangre), considere cuál será nuestra situación. Otros se la pintarán a V. P. con más prolijidad y con todos sus colores, que a mí no me queda tiempo..." (Archivo Provincial O. P. Cartas, t. III, pp. 71-72).

Catecismo Político⁽¹⁾

CATECISMO PUBLICO / para la instrucción / de los neófitos, / o recién convertidos / al gremio de la sociedad / pa-

triótica / (bigote) / (Col.). Con superior permiso / En Buenos Aires / Imprenta de los Niños Expósitos.

(1) GUILLERMO FURLONG, S. J. — "Historia y Bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses. 1700-1850. — III. — Librería del Plata. — Buenos Aires, 1959. — Págs. 245 a 251.

8º (75 x 120 mm.). — 1ª pág. encabezada por una línea de viñetas compuestas. E. v. del Museo Mitre: 20-4-6; Bibli. Nac. Bs. As.: 133.831. Pp. 1/8. - Al final se lee continuará.

Medina debió conocer este Catecismo, pero creyó que su publicación era posterior al año 10. No es así, ya que se halla en el volumen "Sucesos de 1810 - En Buenos Aires", que Mons. Aneiros heredó de sus antepasados y donó a Alejandro Rosa y este, a su vez, a Mitre. Por otra parte, consta que se publicó el día 27 de setiembre de 1810 (A. G. N.: Cabildo de Bs. As. Propios, bg. 14: 7 x 19 - 10 - 4) Sept. 27. Catecismo de la Excm. Junta.

Ni Gutiérrez, ni Zinny, ni Medina, mencionan este Catecismo entre los impresos de 1810, ni los dos primeros que se extienden más allá de este año, lo consignan entre los años siguientes, pero los historiadores lo consideran como impreso en 1811, aunque sin aducir prueba alguna (cf. Ruiz Guinazú, Epifanía de la Libertad, Buenos Aires, 1952, p. 106).

Que este Catecismo se publicó en Buenos Aires, a fines de 1810, es indudable. Se colige no tan sólo por lo dicho, sino también por lo que escribió el famoso paraguayo, residente en Chile, Manuel Antonio Talavera. Por lo que apunta en su Diario se ve que un Catecismo impreso en Buenos Aires era ya conocido en Santiago de Chile en 27 de mayo de 1811. Refiere que el doctor Manuel Vargas predicó en la Catedral, días antes, y en una oportunidad se refirió a la obediencia que se debía al Rey y "refutó sabiamente las perversas doctrinas de Rousseau, principalmente un Catecismo impreso en Buenos Aires para la instrucción de la juventud". (Diario en Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile. XXIX, Santiago, 1931, pág. 251).

Otro ilustre chileno, Melchor Martínez, escribía en su Memoria (p. 89) que "el (día) 27 (de marzo de 1811) principió el canónigo D. Manuel Vargas una apostólica misión en la Catedral, según lo acostumbra todos los años, con mucho provecho de las almas y reforma de costumbres. El tercer día declamó vivamente contra la lectura de las obras escandalosas y prohibidas de Juan Jacobo Rousseau y particularmente contra un libro, extracto de dichas obras, que se imprimió en Buenos Aires y se remitieron a esta ciudad (de Santiago) 400 ejemplares para educar a la juventud chilena con esta doctrina. Esparcidos estos perversos catecismos, era su lección y estudio la erudición y máximas favoritas del día, citándolas como autoridades irrefragables, adquiriendo por momentos tantos secuaces y defensores, cuantos eran los revolucionarios. Por esta razón se resistieron y alarmaron los jacobinos contra el predicador, y querellándose a la Junta, cabeza de los jacobinos, se tomó la providencia de mandarle decir al doc-

tor Vargas se abstuviera de impugnar aquel autor y su doctrina, particularmente en las materias de Estado y política, a los que no se extendía la prohibición, de cuya clase era el catecismo corriente en esta capital. El canónigo respondió remitiendo a la Junta el expurgatorio (o Índice de libros prohibidos) y manifestando que la prohibición se extendía a todas las obras sin excepción de materias, y que incumbía a su ministerio corregir toda especie de vicios. El doctor (Juan Martínez de) Rozas y los demás vocales se irritaron bastante con la respuesta, y aunque deseaban tomar providencias más severas, los contuvo el temor del respeto, autoridad y ascendiente que el canónigo tenía con todo el pueblo".

Si el "Catecismo, impreso en Buenos Aires" era ya a fines de marzo de 1811 lectura corriente en Santiago y había hecho prosélitos, es muy lógico pensar que muy a principios de ese año debieron de aportar a esa capital los 400 ejemplares. Téngase presente que el viaje a Mendoza era de un mes aproximadamente y dos largas semanas llevaba el solo cruce de la cordillera, cuando en el primer caso se utilizaba la carreta y en el segundo la mula, lo que insumía un mes y medio.

Digamos aquí que en los postreros decenios, así en Francia como en España, se hicieron populares los Catecismos, unas veces económicos o de los Amigos del País, otras veces y muy en especial, de carácter político. Llamábanse Catecismos, por estar su contenido en forma de preguntas y respuestas. En 1788 publicó en España, el Catecismo de los filósofos, o sistema de la felicidad y, cinco años más tarde, apareció en Francia la Loi naturelle o Cathecisme du citoyen français, cuyo autor era Volney. No se llegó a traducir y publicar en España este tratado de moral laica, pero tres años antes apareció en lengua castellana el Catecismo francés para la gente del campo, y tres años más tarde, Joaquín Lorenzo Villanueva, en defensa del cesarismo contra los ataques de la Revolución francesa, publicó su Catecismo de Estado, según los Principios de la Religión.

Por lo que respecta a América y en particular al Río de la Plata, puede decirse que los Catecismos políticos no fueron escasos, aunque no todos llegaron a publicarse, corriendo no pocos en copias manuscritas. Contra el filósofo granadino y sus doctrinas acerca del origen populista del poder, doctrina que fué enseñada en el Río de la Plata desde principios del siglo XVII hasta 1810, principalmente por los jesuitas, escribió y publicó el Obispo de Córdoba, y después Arzobispo de Charcas, su Catecismo Real,

Madrid 1893, y el Gobernador del Paraguay, Lázaro de Ribera, escribió y divulgó ampliamente, en forma manuscrita, su Breve de Castilla Real, destinada "a los niños de la Provincia del Paraguay". A estos dos catecismos antidemocráticos y antisuarecianos nos referimos extensamente en "Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata", Buenos Aires, 1952, pp. 598-600 y al de Lázaro de Ribera más extensamente en "Humanidades", La Plata, 1954, XXXIV, pp. 15-69.

Como recuerda el doctor Enrique Ruiz Guinazú ("Epifanía de la Libertad", Buenos Aires, 1952, pp. 105-106):

"Con igual tendencia proselitista pero con orientación liberal, debemos señalar el catecismo del chuquisaqueño Jaime de Zudáñez, protagonista en la revolución del 25 de Mayo del 1810, luego uno de los congresales de Tucumán, en 1816. Fue autor del Catecismo político cristiano; antítesis razonada del catecismo real. Circuló en Chile, dedicado a la juventud. Allí se enseñaba que "el gobierno republicano, el democrático en que manda el pueblo por medio de sus representantes o diputados que elige, es el único que conserva la dignidad y majestad del pueblo; es el que más acerca y menos aparta a los hombres de la primitiva igualdad en que los ha creado el Dios omnipotente; es el menos expuesto a los horrores del despotismo y de la arbitrariedad; es el más suave, el más moderno (¿moderado?), el más libre y es, por consiguiente, el mejor para hacer felices a los vivientes racionales". Condenaba de modo rotundo la doctrina del derecho divino de los reyes, la forma monárquica, aconsejando se tomase ejemplo del pueblo de Buenos Aires. Escrito con la exaltación característica del estilo de los tribunos de Mayo, imitaba en el estilo dialogado a los catecismos entonces en boga".

Este es de Ruiz Guinazú, pero Ricardo Donoso, que es quien más de propósito ha estudiado el tema, en su monografía intitulada "El Catecismo Político Cristiano" (Santiago de Chile, 1943), escribe que "en opinión de los historiadores nacionales, "El Catecismo Popular Cristiano" circuló en vísperas del 18 de septiembre de 1810" (p. 27), pero no indica si manuscrito o impreso, ni el publicado en Buenos Aires, ya que ese Catecismo Público para la instrucción de los neófitos, procedía de Chile; no se había es-

crito en Buenos Aires. Bien lo prueban estas preguntas y respuestas:

P. — ¿Dónde está ese que os debe mandar?

R. — En España, en Chile y en todo lugar.

P. — Y para entonces ¿qué haremos todos?

R. — Levantarnos del sepulcro de nuestra inveterada esclavitud para hacer con tiempo lo que ha hecho Buenos Aires, antes de que llegase la polvareda.

P. — Y los malos ¿a dónde irán?

R. — A Malvinas, Baldivia y Juan Fernández.

Por las primeras dos preguntas y respuestas se deduce que este "Catecismo Político o Público" no se escribió en Buenos Aires; por la tercera se colige que se escribió en Chile. También se deduce del hecho de referirse al Reino, esto es al Reino de Chile, como solía entonces decirse.

Ricardo Donoso que tan extensamente se refirió al "Catecismo Político Cristiano", de origen boliviano, sólo de pasada y superficialmente, se ocupó de este "Catecismo Público", pero tuvo el acierto de reproducirlo así textualmente (pp. 14-15), como facsimilarmente (pp. 113-120), y de informarnos que ese Catecismo, publicado en Buenos Aires, tuvo una resuelta repulsa en Lima, donde se imprimió un folleto de doce páginas con el propósito de rebatirlo, y que llevaba por título "Catecismo para la firmeza de los verdaderos patriotas y fieles vasallos del señor Don Fernando Séptimo contra las seductivas máximas y errores que contiene el Pseudo Catecismo impreso en Buenos Aires" (Medina, "La imprenta en Lima", IV, pág. 9).

Al "Catecismo Público" y no al "Catecismo Político Cristiano" de Zudáñez, se refería Alberto Encalada en "Lima, 5 de febrero" de 1811, cuando, sintiéndose cercana la muerte, escribió unos conceptos algo dudosos sobre su voluntad postrera y en una nota o aviso, escrito por su señora, o por otra persona limeña, se lee:

"En estos días, se han publicado en esta ciudad tres manuscritos titulados el "Peruano", el "Patriota", la "Unión"; sus autores merecen un distinguido lugar en el corazón de todo buen ciudadano, y la patria les queda eternamente obligada. En nombre de ellas les suplico se sirvan hacer correr periódicamente estos preciosos escritos de medio pliego, numerándolos para que sus luces iluminen por todas partes. También suplico a los que tuvieren el "Catecismo de Chile" se tomen la molestia de publicarlo del mismo

modo; su circulación es muy necesaria por contener en un estilo clarísimo las verdades más interesantes a nuestro sistema". (Gaceta de Buenos Aires, 14 de Mayo de 1811: ej. facs.; p. 427-428).

Que el "Catecismo Público" hubiese llegado a Lima en ejemplares impresos con anterioridad al 7 de febrero de 1811, no es un hecho incuestionable, ya que no nos consta su identidad con el "Catecismo de Chile", aunque sea lo más probable; en segundo término, no es evidente que el aviso o nota, que sigue a la carta de Encalada sea de la misma mano, y, sobre todo, de la misma fecha de la carta; tercero, no consta que los ejemplares llegados a Lima fueran impresos o manuscritos.

Un hecho relacionado con el Catecismo impreso en Buenos Aires que tampoco le hallamos explicación es el que sólo se publicara fragmentariamente. A lo menos así se deduce del hecho de decirse al fin del texto que "*Se continuará*". Nada nos autoriza para sospechar siquiera que en Buenos Aires hubiese habido alguna razón para no publicar la Parte Segunda o continuación, la que, por otra parte, tal vez se publicó, pero no ha llegado hasta nosotros ejemplar alguno. Es posible que la primera parte llegara de Chile y se dió de inmediato a la prensa, en esperanza de que vendría la dicha "Continuación", pero en vano. De haber existido en poder de alguno de los vecinos de Buenos Aires, lo habrían requerido y publicado de un saque, o en dos partes como se hizo con el Contrato Social, pero la una a continuación de la otra.

Aunque Ricardo Donoso, como ya manifestamos, dió a conocer en doble forma, textual y facsimilarmente el "Catecismo Público", que es el impreso en 1810, lo reproducimos aquí en su integridad, a fin de que el lector se forme idea de su escasa prestancia ideológica y de su escasísimo mérito pedagógico:

"Pregunta. — Decidme hijos ¿hay quiénes nos deba mandar?

Respuesta. — Sí Padre, quién nos deba mandar hay.

P. — ¿Cuántos os deben mandar?

R. — Uno sólo no más.

P. — ¿Dónde está ese que os debe mandar?

R. — En España, en Chile y en todo lugar.

P. — ¿Quién os debe mandar?

R. — El Pueblo, sus representantes y la Municipalidad, que son tres cosas distintas y una sola cosa misma.

P. — ¿Cuál de estas tres cosas se ha hecho por nosotros?

R. — La segunda que son los Representantes.

P. — ¿Dónde se hicieron éstos?

R. — En las entrañas de España, que es nuestra Madre.

P. — Los Representantes hechos por nosotros, ¿cómo se llaman?

R. — Junta.

P. — ¿Qué es Junta?

R. — Unos hombres buenos, elegidos por sus conciudadanos para defender la pureza de la Religión, los derechos del Rey y las vidas y propiedades de los vecinos.

P. — ¿La Junta es según la voluntad de Dios?

R. — Sí, Padre.

P. — ¿Es a beneficio de los hombres?

R. — Sí, Padre.

P. — ¿Qué ha hecho la Junta por nosotros?

R. — Morir peleando baxo el estandarte de la cruz para salvarnos y redimirnos del inmortal Napoleón.

P. — Y, después que murió, ¿volvió a resucitar?

R. — Sí, Padre.

P. — ¿Y adónde fué?

R. — A la Isla de León.

P. — ¿Y desde allí podrá venir acá?

R. — Sí, Padre.

P. — ¿Cuándo vendrá?

R. — El día del juicio.

P. — ¿Cuándo será ese día del juicio?

R. — Quando Bonaparte acabe en España con las Provincias que le quedan.

P. — ¿A qué ha de venir acá la Junta?

R. — A refugiarse entre nosotros y a darnos cuenta de lo sucedido.

P. — Y para entonces, ¿qué haremos todos?

R. — Levantarnos del sepulcro de nuestra inveterada esclavitud para hacer con tiempo lo que ha hecho Buenos Ayres antes de que llegase la polvareda.

P. — Y los buenos ciudadanos ¿a dónde irán?

R. — A sus haciendas, casas, y a descansar en el seno de sus familias, defendidos y guardados por la vigilancia de los que hayan nombrado para custodia de sus derechos, vidas y propiedades.

P. — Y los malos, ¿a dónde irán?

R. — A Malvinas, Baldivia y Juan Fernández.

P. — ¿Por qué creéis todo eso?

R. — Porque España lo ha dicho.

P. — ¿Dónde lo ha dicho?

R. — En todos los papeles públicos que ha remitido a las Américas desde el principio de la instalación del Consejo de Regencia, Junta de Cádiz, que son los últimos que nos han llegado.

P. — Y qué nos dicen en ellos?

R. — Que las Américas son partes integrantes de la Monarquía, que son pueblos libres, que gozan los mismos privilegios y fueros que los de España, que depende de ellos mismos la suerte de los que les han de mandar, y que por la regla de Cádiz elijan un gobierno digno de su confianza.

P. — ¿Habéis entendido esta doctrina?

R. — Sí, Padre, porque está muy clara.

P. — ¿Y cuál es el gobierno de España?

R. — La Junta.

P. — Pues qué, ¿la Junta es buena?

R. — Sí, Padre, para todos es buena, como todos la hagan reuniendo sus ideas al bien común sin preferir el particular.

P. — Pues ¿por qué declaman algunos contra ella?

R. — Por malicia, o porque no la entienden.

P. — ¿Quiénes declaman por malicia?

R. — Aquellos infelices que olvidando la religión de nuestros padres desean entronizar a estos dominios a Napoleón y difunden entre nosotros la anarquía y divisiones intestinas, para que seamos una débil presa de sus garras.

P. — ¿Quiénes declaman porque no entienden?

R. — Aquellos azorados con la imaginación de un gobierno a que no están acostumbrados, se espantan como niños pensando que es el cuco, que viene a quitarles la papa.

P. — ¿Pues la Junta ha de quitar el comer?

R. — Por el contrario, la Junta es para que todos coman.

P. — Mostrad cómo.

R. — Sí, Padre: todos han de comer porque la patria que los abriga en su seno y necesita de sus brazos para sostenerse ha de empeñarse en robustecerlos y contentarlos para ser invencible; nada con preferencia ha de arrebatar los cuidados de esta amorosa madre como el hacer felices a sus amorosos hijos, manteniendo a los propietarios, sin gravamen en sus heredades, los magistrados con decoro y magnificencia en sus empleos, las autoridades constituídas con la dotación necesaria para que no se haga venal que estando sus individuos bien socorridos sean útiles y edificantes al pueblo los diversos principios de su institución.

P. — ¿Con que al fin nada se destruye, todo se mejora?

R. — Sí, Padre; todo debe quedar como está, aunque más bien reglado, porque no hay juez, tribunal ni cuerpo alguno, que no sea de absoluta necesidad para bien del Reyno. Ninguno hay superfluo, ni cabe creer que en la escrupulosa economía con que nuestra España ha regido las Américas le engañasen los arbitristas para que mantuviesen funcionarios inútiles, o excesivamente pagados; todos pues, y algunos más son necesarios, y no pocos deben ser mejor asalariados.

P. — ¿Para rentar a los nuevos vocales de la Junta y sostener las tropas para la defensa del Reyno no ha de ser forzoso pensionar los fondos o minorar el honorario de los rentados?

R. — No, Padre; de ninguna manera, ni para lo uno ni para lo otro se necesitan tales arbitrios.

P. — ¿Mostrad cómo?

R. — Para el decoro y mantención de la Junta sobran cincuenta mil pesos anuales, y esto y mucho más se harán efectivos a la primera providencia que se tome para excitar el comercio del Reyno, y exportar sus efectos con lo que sin otro arbitrio sobraré para el fin deseado, y los propietarios de los fondos rurales y traficantes de todo género, abundarán de riquezas en muy pocos años.

P. — ¿Y para las tropas?

R. — La hay que pagadas en los diversos puntos del Reyno se consideran bastantes en tiempo de paz; para las de guerra disciplinemos las milicias, no haya un hombre que no sea soldado: todos reconozcamos sus respectivos cuerpos, y quando llegue el caso de una invasión extranjera, la patria se salvará en los brazos de cien mil ciudadanos que animados del entusiasmo que inspira la propia conservación dexarán burladas las tentativas de todo el Poder de la Europa y por entonces los caudales de los Pueblos se derramarán para defenderse y ofender a los enemigos.

P. — Según esto los que se empeñan en desautorizar a las Juntas, pintándolas como un monstruo destructor de las Américas, ¿son enemigos de ellas y tratan de perderlas?

R. — Es de fe humana.

P. — ¿Lo creéis así?

R. — Así lo creo.

‘Se continuará

En primer término, aunque lo consideramos una mera errata tipográfica, opinamos que el título no debió ser “Catecismo Público”, sino “Catecismo Polí-

tico"; en segundo lugar, su autor estaba en ayunas de lo más rudimentario de la pedagogía, ya que las preguntas y respuestas no congenian y, en no pocos casos, se dan las espaldas. No tan sólo a la luz de la pedagogía moderna, pero aun en conformidad con la antigua, como puede verse recorriendo los Catecismos de Astete y Ripalda, las respuestas a las primeras preguntas debían ser: "Sí, Padre, hay quien nos mande"; "Uno sólo nos debe mandar"; "El que nos debe mandar está en España, Chile y en todo lugar", etc.

Pero estas fallas son insignificantes en comparación de la nebulosidad ideológica verdadera o fingida del autor. No hay una sola frase que disponga a la independencia de España, o que indique un proceder con prescindencia de la metrópoli. Lo único que se prueba es la conveniencia de que haya una Junta y esta no puede ser sino buena. Aun esto podría haber sido expresado con mayor lucidez y con mayor fuerza. Evidentemente, el autor era hombre de escasas luces. A las veces es hasta ramplón, así en su ideología como en su lenguaje. Es posible que la "continuación" nunca llegara a

publicarse por considerársela inútil y tal vez, hasta contraproducente.

Sobre las diversas versiones que existen de este Catecismo, y principalmente sobre quién fué su autor, ha escrito Aniceto Almeyda: (En busca del autor del Catecismo Político cristiano, en Revista Chilena de Historia y Geografía, n° 125, Santiago de Chile 1957, 216-246) y después de poner de manifiesto que su autor no puede ser Juan Martínez de Rozas, como ordinariamente se había afirmado, descarta otros varios candidatos, como Manuel de Salas, Juan de Egaña, Camilo Henríquez, José Antonio de Rojas, y busca pruebas para considerar a Antonio José de Irrasari como el probable autor. Las razones aducidas no son convincentes y la redacción del Catecismo, tal como se publicó en Buenos Aires, y es la versión que describimos, pone de manifiesto que su autor, aunque tenía ideas bastantes luminosas, no las supo expresar sino en forma harto infantil, lo que no condice con el talento de Irrasari. También rechaza Almeyda la posible paternidad del doctor Jaime de Zudáñez, a quien el historiador Donoso lo había atribuido.

Formio Argentina S.A.